



José Luis Gómez, durante una representación de 'El principito', que interpreta a las órdenes de Roberto Ciulli.

:: ROS RIBAS

«Me respeto porque sé que me he esforzado decentemente»

José Luis Gómez, actor y académico de la Lengua, se sube hoy por primera vez al escenario del Teatro Circo de Murcia para interpretar 'El principito'

:: ANTONIO ARCO

MURCIA. Qué bestia escénica José Luis Gómez (Huelva, 1940), que lo mismo te pone al borde de las lágrimas con su entrañable Paulino de '¡Ay, Carmela!' (de Sanchis Sinisterra), que te pone a punto de desear arrojarle por un barranco sin fondo tras impactarte poniéndole rostro siniestro a la crueldad y el desvario del personaje de Emilio Fuentes en el filme 'El séptimo día' (2004). Actor, director de escena, fundador director del Teatro de La Abadía, académico de la Lengua y un ser raro en un mundo extraño, dice: «Perdí la inocencia, pero las ilusiones no las perdí porque tampoco me hice tantas». Hoy, en el Teatro Circo de Murcia (TCM), se subirá al escenario para representar 'El principito', el espectáculo que, a partir del conocido texto de Saint-Exupéry, ha dirigido Roberto Ciulli. Los responsables de este montaje, producido por La Abadía en colaboración con el Theater an der Ruhr, se preguntan: «¿Qué ocurriría si el pequeño príncipe de Saint-Exupéry no fuera interpretado por un muchacho sino por un actor en edad de hacer de Rey Lear y que se prepara para su último viaje?». Si quieren una respuesta, lo mejor es que acudan a ver –y a dejarse llevar por él– a José Luis Gómez y a su com-

pañera de aventura, Inma Nieto.

Habla con 'La Verdad' durante un descanso entre ensayo y ensayo. Su voz llega con una fuerza intacta. Esa voz que recita lo mismo a Juan Ramón Jiménez –«Raíces y alas. Pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen»–, que se convierte en llanto afilado.

–¿Usted cómo está?

–Animoso.

–¿Cómo lo consigue?

–Sin que deje a uno de habitarle una gran desazón, lo consigo porque creo que la resistencia es enormemente productiva. El ser humano, a lo largo de su evolución –por supuesto que muy incompleta–, se ha forjado siempre al hilo de la resistencia. Hay un libro que me encanta pregonar, 'El elogio de la infelicidad', de Emilio Lledó, que documenta muy bien cómo, desde los griegos, el hombre realmente se ha ido forjando a través de la resistencia que ofrece la vida a los deseos de cada uno, a las expectativas, al cumplimiento de las satisfacciones que cada yo solicita; esa resistencia es, como le decía, enormemente productiva, aunque también es dolorosa.

Cree José Luis Gómez que «cuando uno sufre de manera inconsciente, ese sufrimiento no es productivo; pero cuando hay sufri-

miento y se asume, se vuelve productivo». «También –añade– habría que especificar de qué sufrimientos hablamos, claro. Lo digo en general y de forma muy respetuosa para aquellos que sufren mucho más que yo».

Sufrir no es lo mismo que hacer sufrir, pensar no es lo mismo que no hacerlo; hay que defenderse de la violencia individual y colectiva que ataca como un ejército en trance los logros de la civilización. «Defiendo que cada acción que se haga evite muy conscientemente lo que pueda repercutir negativamente en otros», indica el intérprete, director y académico. «Trato de que la más leve acción cotidiana o profesional sea productiva también para otros». Y advierte: «Nos olvidamos de que esta cosa tan rara que son los seres humanos, que se reproducen y desaparecen del planeta y lo abonan desde hace miles de años, forman parte de él. Cada acción nuestra repercute de alguna manera en el todo, aunque no seamos conscientes de ello ni podamos abarcarlo. Yo, de un modo muy modesto, trato de estar conectado con el todo, y que esa conexión se traduzca en acción».

Se conoce bien, nos conoce bien. Ha dado majestuosamente vida a Manuel Azaña ('Azaña, pasión es-

pañola'), ha buceado en los misterios del olvido encarnando a Luis Cernuda, hizo historia transformándose en un simio profundamente humano –con la ayuda del modisto y pintor murciano Pepe Rubio–, y nos ha hecho subirnos con la piel erizada en 'El barco ebrio' de Arthud Rimbaud. Su voz no tiene edad cuando proclama al tiempo que huye: «La tempestad bendijo mi despertar marino». Nos conoce y se conoce bastante bien, y asegura: «Lo peor que tenemos los seres humanos es el desmedido e inconsciente egoísmo que nos ha-

bita. Y egoísmo viene de ego, que es una parte absolutamente necesaria para constituirse, pero que luego se convierte en el gran problema de la evolución de la persona».

Toda una vida actuando, siendo otros, buscándose, emocionando, ganando y perdiendo batallas contra sí mismo y contra el mundo, en cuyos teatros ha buscado la perfección. Toda una vida en los mejores escenarios, asumiendo retos, con los mejores autores –Calderón, Brecht, Beckett, Dürrenmatt...–, dirigido por algunos de los más grandes, tanto en cine como en teatro: de Carlos Saura a Milos Forman pasando por Almodóvar y sus 'abrazos rotos', película en la que se mostró en encendida carne viva–; y de Stavros Doufexis a Krystian Lupa, hasta llegar a Roberto Ciulli, que lo dirige en 'El principito'. Toda una vida «volcado en mi oficio, que a veces he logrado que sea arte. Es un oficio antiguo, muy antiguo, una artesanía antigua y esencial que, a veces, puede ser arte. Un oficio que me ha dado un vislumbre sobre la vida y sobre el vivir que no hubiera conseguido a través del ejercicio de otra profesión. Le estoy infinitamente agradecido».

–¿Cómo lleva usted que el tiempo vuele?

–Ya no queda mucho tiempo, ésa es la verdad, pero creo que ha sido fantástico; sí, ha sido fantástico estar en la existencia. Y una gran fortuna haber podido conocer a tantas personas tan singulares, tan enriquecedoras. Si hago balance de mi vida, el balance es jubiloso.

PARA NO PERDERSE

Obra: 'El principito' (basada en el libro de Saint-Exupéry).

Dónde y cuándo: Teatro Circo de Murcia (TCM). Hoy, a las 21.30 h. Entradas: 18, 15 y 12 €.

«Ya no queda mucho tiempo, esa es la verdad, pero ha sido fantástico estar en la existencia»

«'El principito' es una función que se queda en el espíritu del público. Espero y deseo que eso pase en Murcia»

–¿De qué procura no olvidarse?

–De mis deudas de amor, de afecto, de todo lo que me ha sido dado, de todo lo que me ha sido regalado, de todo lo que quizás no he merecido y, sin embargo, he recibido; y ha sido muchísimo y muy bueno.

–¿En qué confía?

–En los afectos que consuelan, y también en algo que yo llamaría 'la fuerza de la vida'. Esa fuerza que nos anima a todos, que recorre todo, que anima el planeta, que está animando nuestros cuerpos mientras hablamos ahora mismo, que está animando al árbol que tengo enfrente; esa fuerza de la vida es enormemente consoladora y en ella confío.

–¿Qué se ha propuesto no dejar de hacer cada día?

–Ejercicio! Tengo en casa un sitio acotado, al que no sé si podría llamar gimnasio, donde voy regularmente y hago mis ejercicios. No pasa un día sin que los haga. Hoy [el pasado miércoles] no he podido hacerlos por la mañana, pero esta tarde los haré sin duda: ¡hora y media no hay quien me la quite!

–¿A qué teme usted?

–Tengo mucho miedo a dejarme cegar. En los últimos años he tenido la fortuna de poder hacer un esfuerzo por verme tal y como soy, sin demasiadas ilusiones, con la mayor honradez posible. Y tengo miedo a que este pulso, este interés y este afán me abandonen y me dejen ir.

–¿Qué se propone?

–Hacer cada cosa lo más a fondo posible y con la mayor atención posi-

ble. La atención es un don divino; cuando uno está atento a cuanto le rodea y, al mismo tiempo, es consciente de uno mismo, eso es un don. Lo que nos hace verdaderamente humanos es que podemos estar atentos.

Máquinas humanas

José Luis Gómez, por cuyo trabajo en 'Pascual Duarte', de Ricardo Franco, recibió en 1976 la Palma de Oro al Mejor Actor en el Festival de Cannes, es crítico, autocrítico, avisado, complejo; puede tocar el cielo y al instante descender al infierno. A veces se funde con la multitud y otras veces la teme.

–¿Cómo convive consigo mismo?

–No me detesto, aunque tampoco es que me quiera muchísimo. Me respeto porque sé que me he esforzado decentemente, pero desde luego no estoy enamorado de mí, ni muchísimo menos; me miro con una distancia saludable y no dejo de ver las tonterías que hago; las que hacen los demás también las veo, claro. Pero eso no es motivo para rechazarme; comprendo que soy una máquina bastante imperfecta. Las máquinas humanas son bastante imperfectas, y no hablo solo del funcionamiento físico del cuerpo, que parece que es un mecanismo ideado por la naturaleza con tal perfección que todavía es inescrutable, como todos sabemos.

José Luis Gómez es agradecimiento a la vida y también es cambio: «Con las debilidades, he sido muy intolerante y poco compren-

sivo en el pasado, pero ahora lo soy muchísimo menos. Ahora las comprendo cada vez más. Bueno... con la pereza. Soy un perezoso nato, pero un perezoso nato que está luchando constantemente contra su pereza. La pereza, cuando la veo fuera, la objeto muchísimo. La pereza es algo contra lo que hay que combatir».

Propone el director fundador de La Abadía «estar atentos, estar presentes». La atención es algo a lo que le da mil vueltas al revés: «No nos damos cuenta: estamos habitados por pensamientos involuntarios la mayor parte del tiempo, y eso es muy preocupante. Cada tanto tiempo es conveniente preguntarse: '¿Estoy pensando o estoy siendo pensado?', '¿estoy o no estoy presente?'».

–¿Por qué, ahora, 'El principito'?

–Sé que cualquiera que me conozca un poquito se puede preguntar por qué José Luis Gómez no está haciendo 'Macbeth' y está haciendo 'El principito'. Pues, vamos a ver, yo elijo los textos para La Abadía con varios criterios: su calidad literaria, la calidad del alimento que le puedan dar al público, la posibilidad de poder montarlos o no de manera honorable con los medios de los que disponemos...; y cuando yo tengo que actuar o dirigir, también me planteo qué me aportan a mí. Yo no he elegido esta profesión solo para vivir de ella, sino también para vivir para ella y con ella. 'El principito', como 'Fin de partida' y otros muchos textos que he interpretado, los he

hecho porque me llevan más lejos personalmente. Esta versión de 'El principito' es un viaje luminoso, lleno de luz, de humor, de emoción y de muchísima poesía. Un viaje de vuelta, un viaje al origen, un viaje al sitio de donde venimos. Es un texto que logra iluminar algo en tu vida cotidiana. La representación de 'El principito' termina, si es que termina, muchas horas después de haber salido del teatro; es una función que se queda en el espíritu del espectador. Espero y deseo que eso le pase al público de Murcia que venga a vernos.

Mira José Luis Gómez a la actualidad y hay asombro ciudadano y hay una pregunta, entre otras muchas, que no parece tener una respuesta que disminuya la perplejidad que suscita. Así la plantea: «¿Cómo quienes han tenido la mejor información sobre los riesgos que acechaban, y no solo de naturaleza material, a un país como el nuestro, y hablo fundamentalmente de los políticos, no han estado a la altura de las circunstancias?». No lo han estado y los riesgos han hecho furor y han asaltado la paz de nuestras casas y calles. «Está claro», dice Gómez, «que hay muchas cosas que podrían haber sido previstas, riesgos que podrían haber sido evitados y otras cosas que deberían haber sido hechas». Y está claro que ahora lo que hay que hacer es intentar salir del fango cuanto antes. Para lo cual conviene estar atentos, muy atentos.